

la mañana, dos de los miembros del grupo, formados en el último "seminario literario" que dirigió José María Valverde antes de su marcha a Canadá, consigue que sus voces sean escuchadas por algún preboste cultural y la consecuencia es la curiosidad con que empiezan a leerse estos cinco libros por los ojos más serios del país y la evidencia con que empieza a plantearse el problema de la literatura independiente.

No es que el problema se autolimita a Cataluña. Quizá el problema tenga incluso más aparatosidad en el campo de la literatura escrita en castellano, en el que brotan infinidad de colecciones de provincias que nunca llegan bajo los microscopios reveladores o que cuando llegan padecen el prejuicio de lo que no lleva una marca acreditada. Recientemente, un editor independiente dio curso a una colección de "Autores no premiados", en la que han aparecido novelas de Miguel Oca, Serriats, Hervás y Tomeo, a la que me referiré en otro escrito. ¿Qué ocurre? ¿Acaso muchas de estas obras no encerrarían en las colecciones establecidas, las que ya tienen un crédito de lectura prefijado? Lo que ocurre es que las editoriales serias, incluso las radicalmente serias, son las más condicionadas por su situación de orientadoras del gusto, las más esclavas de sus virajes, las más arbitrarias en ocasiones a la hora de anular la propia trayectoria e iniciar otra con apasionamiento de nuevo amor. No hay que olvidar que Vittorini, en sus años de director literario de una importante editorial italiana, rechazó el original de Il Gattopardo y no por ello es menos evidente la calidad literaria y degustadora de Elio Vittorini que la calidad extraordinaria de la obra del príncipe de Lampedusa.

En el caso de esta colección de poesía catalana, el hecho es revelador de algo más dramático: la precariedad instrumental en la que se sigue moviendo la cultura catalana, motivada por las presiones externas que muchos ya pueden suponer y, además, y esto lo suponen muy pocos, por la desidia promotora de una burguesía nacional alienada, que, a lo sumo, sólo comulga con

las manifestaciones culturales cuya aparatosidad más beneficiosa reporta en el haber de las relaciones públicas o de la simple aparatosidad sentimental. Pero es revelador comprobar que no existe ni una colección de poesía estable, periódica, regular, que sirva de trampolín para la proyección de nuevos poetas, como no existe la menor promoción del teatro catalán y ni siquiera del ensayo, puede llamarse promoción a lo que hasta ahora se ha hecho con la novela.

Y ahí están cinco libros notables de poesía, entre los que destaca Amich de Plor, de Narcís Comadira, un espléndido libro de sonetos, en el que el autor incorpora acciones no sonéticas (al menos hasta ahora) y lenguaje no sonético (insisto que hasta ahora). Yo interpreto como acciones no sonéticas la de echar una moneda en una máquina tabacquera o ponerse un jersey, y como lenguaje, hasta ahora, no sonético, los términos: "planning", "receptorista", "maricó", "colló"...

Narcís Comadira ya había publicado Papers Privats en la colección, no menos independiente, fugaz, difícil y silenciosa Les Hores Extres. Si insistimos en este autor es que por edad y recursos expresivos es el más "presentable" del grupo. Pero sus compañeros no tienen menor interés. Estamos en presencia de un notable viraje en la poesía joven catalana: la influencia de Gabriel Ferrater va sustituyendo en estos poemas juveniles, incluso en el transcurso de un mismo libro, a la de Espriu, sentimentalidad rectora de las palabras iniciales de estos jóvenes e interesantes poetas. Pere Quart también asoma en ocasiones, sobre todo en Paraules Personals, de Jordi Pujula. Pero de Espriu a Ferrater marchan Josep Maria Nadal (Entre el Somni i la ironia) y los hermanos Roig Fontseca. En todos estos poetas se manifiesta una cultura poética inicial muy estimable y una "libertad de lectura" indispensable para poder seguir ejerciendo la función de escritor sin rubor.

Creo que para los "managers" culturales del país sería una rentable inversión dedicar una cierta atención a estos poetas gerundenses, que hasta

ahora han conseguido vender algunos ejemplares... de mano en mano. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Un despiadado ejercicio de lucidez

Editorial Lumen acaba de publicar un trabajo de Olga Bernal (1) muy susceptible de ser considerado como básico a la hora de plantearse seriamente la situación y las alternativas de la crisis que afecta a la narrativa contemporánea. A partir de una investigación de carácter totalitario en torno a la novelística de Beckett, Olga Bernal plantea el problema del lenguaje como medio desvirtuado de representación, en la medida en que únicamente se constituye como reflejo de sí mismo, al haber perdido en la actualidad toda conexión con el ámbito extra-lingüístico. En el seno de la obra literaria, esta contradicción sólo puede superarse mediante la utilización del lenguaje con la finalidad de destruirlo. Y si el lenguaje es la condición del decir y la condición de todo orden inteligible, la desarticulación del lenguaje tendrá por objeto sustituir el orden por el desorden. En este sentido es ineludible la obra de Beckett en la medida en que, mediante un denodado ejercicio de lucidez, el autor invalida el lenguaje en cuanto receptáculo de los esfuerzos hechos por el hombre por asimilar la realidad, y en tanto esa realidad es cuestionada por el hecho de que el hombre —su real elemento constitutivo— no es sino un momento más o menos fugaz, cuya representación no se perfila sino como un dejar de ser.

Este instante en el que se verifica el escamoteamiento del hombre a través del lenguaje —su más tradicional medio de expresión, así como su más humana posibilidad de representación— constituye en la narrativa beckettiana un trágico dilema, que a su vez implica la culminación del proceso de despersonalización del protagonista, que marca el fin de la literatura subjetiva. Despojada de su sentido histórico, la palabra queda como suspendida, sumiendo el silencio, y la existencia humana deja de apoyarse en una escala semántico-histórica para comenzar a discurrir por un laberinto

(1) «Lenguaje y ficción en las novelas de Beckett», Olga Bernal, Ed. Lumen. Palabra en el tiempo, 243 páginas.

Toynbee: Desafío y respuesta



Historia: "Dios revelándose a sí mismo".

Un joven estudiante helenista de la época victoriana posterior creyó encontrar paralelismos extraños entre la Inglaterra de su tiempo y la Grecia que estudiaba. Se ocupó de otras civilizaciones y halló los mismos paralelos. De esta forma, Arnold J. Toynbee encontró una clave de interpretación que le permitió escribir el estudio sobre la historia más fascinante que se haya publicado nunca, cuyo compendio aparece ahora en castellano (1). No todo en Toynbee fue estudio y raciocinio: tuvo —explica— como una especie de rara iluminación en una experiencia inafable: «Tuve conciencia netamente del paso de la Historia expandiéndose dulcemente dentro de mí, como una corriente poderosa, y de mí propia vida surgiendo como una ola en la superficie de ese inmenso caudal». La visión histórica de Toynbee no es objetiva: es inevitablemente subjetiva, puesto que él —todos los hombres— forma parte de la Historia. (Esto no quiere decir que sea menos objetivo que otros historiadores, sino que proclama que no lo es, lo cual es ya una forma de objetividad). Pero, ¿qué es la Historia? Toynbee responde que es «Dios revelándose a sí mismo».

Pero ocurre que, a pesar de todas estas afirmaciones, la visión histórica de Toynbee tiene grandes y poderosos hallazgos. Por ejemplo, las nociones de «desafío» y «respuesta»: la hostilidad del medio físico o social «desafía» al grupo de hombres que lo habitan; si su «respuesta» es adecuada, nace una civilización, que es siempre hija del sufrimiento. Un ciclo se pone en marcha: «Un desafío produce una respuesta con buen éxito, de la cual surge un nuevo desafío que conduce a otra respuesta, y así hasta que llega el hundimiento». El ciclo del hundimiento de las civilizaciones: «Un desafío produce una respuesta fallida, la cual suscita otra tentativa que conduce a un nuevo desafío, y así se continúa hasta llegar a la disolución». De esta forma, las civilizaciones (Toynbee opone el concepto de civilización al de nación o raza) nacen, se desarrollan y mueren. Pero Toynbee no acepta que esto se produzca de una manera biológica y fatal (como aparece en Spengler), sino como una creación humana: «La civilización no es un organismo, sino un producto de voluntades». La idea de que, generalmente, estas voluntades sean unas cuantas y que «la aplastante mayoría de las gentes» no pasen del estado de lo «absolutamente primitivo» confundió a Ortega y Gasset, o le sirvió para justificar sus teorías de la «Rebelión de las masas»: Ortega fue el primer introductor de Toynbee en España y le citaba con gusto y frecuencia. Pero Toynbee cree que el proletariado representa un papel trascendental en las sociedades civilizadas («aunque no en todas») y en la religión.

Toynbee es uno de los personajes menos conformistas de la sociedad actual, a la que aplica sus claves históricas. Sostiene la razón de los refugiados palestinos y de los países árabes frente a Israel, con artículos polémicos; se ha manifestado en favor de los pueblos colonizados, cree preciso un cambio radical de la condición femenina, sostiene la revuelta de la juventud de «los hijos que rehúsan seguir a sus padres en el camino del confort» y repudia la guerra de Vietnam. En un reciente artículo del «Times», de Nueva York, ha explicado que los Estados Unidos sea la nación más peligrosa del mundo y que prefería estar dominado por la URSS que los Estados Unidos. ■ E. H. T.

(1) Arnold J. Toynbee, «Estudio de la Historia», compendio realizado por Sommerwell de los vols. I al XIII. Alianza Editorial, 3 vols. dobles, Madrid.